

HISTORIAS

RELATO DEL SABIO

CUANDO POR FIN bajé de los bosques, no había adquirido ninguna nueva sabiduría y había perdido en cambio el hábito del mundo, aunque mi torpeza pasó fácilmente inadvertida entre muchas otras más exorbitantes y menos justificadas. Lo grave no era eso, sino la dificultad de reacomodarme a aquellas ferocidades, impedido por un alma delicada que los años de soledad habían vuelto vulnerable y crecida hasta el límite. Es lo único que conocí allá arriba: la desarmante futilidad de ese pólipo complicadísimo y álgido que llamamos alma, y que sin duda *no está hecho para vivir*. En las sublimes horas de meditación, alcancé todos los grados de la contemplación, la concentración y el éxtasis. La visión, la revelación, la negación y la unión llegaron a serme tan familiares como las habitaciones de una antigua morada. Vuelto de mi noche oscura, comprendía cada vez que nada de aquello había bastado para aplacar las irritantes exigencias de mi alma; al contrario: estos vigorizantes ejercicios parecían no tener para ella más sentido que el de abrirle, para que las colonizase, nuevas y vastas zonas en lo desconocido. Seguía entregada al lenguaje y sus caprichos, impidiendo el silencio, dejando filtrar turbios rayos de luz en la pura sombra; seguía doliéndose de las asimetrías divinas, del mal y la injusticia, y, persiguiendo sin cesar el conocimiento, no tenía tiempo de comprender nada. Después de los más exaltantes viajes por el Ser, declaraba no haber visto cosa con la que se correspondiese.

Pero adquirió gracias a estas prácticas tanto desarrollo, tan delicada sensibilidad y tan completa posesión de mí, que cuando, decepcionado del juego, decidí volver al mundo y sus vociferaciones, me encontré indefenso como un desollado. Entonces invo-

qué al Diablo para ofrecerle mi alma por lo que quisiera dar. No tardamos en estar de acuerdo, y ninguna queja tengo en cuanto a su solvencia: tuve algunos lujos que pronto encontré tristes, algunas bellas mujeres que pronto empecé a rehuir, algunos conocimientos con los que no supe qué hacer. Pero lo que me estremecía de impaciencia era la perspectiva de lanzarme al gran río revuelto en mi nueva condición. Lo hice con acumulado ímpetu, en la primera ocasión que se me presentó de despojar y humillar a algunos de mis hermanos.

¡Ah, infernal locura, intolerable suplicio! ¿Qué engaño, qué error era aquél? El alma toda dolía como una sola llaga, aullaba en un desierto de sordera, naufragaba en un mar abrasador de lágrimas. La mano que iba a descargar el golpe sobre el inerme cayó marchita, los ojos se enturbiaron y el corazón quiso detenerse. Un frío glacial me invadió, que era el de la muerte a la que hubiera preferido arrojar me antes que cometer la iniquidad.

Vencido y avergonzado, corrí a mi casa y grité hacia los cuatro puntos cardinales contra el satánico estafador. El timbre del teléfono cortó en seco el alud de mis insultos. Por el auricular, mi sombrío proveedor me explicó con gran amabilidad, en una terminología muy precisa, que el pacto no implicaba en absoluto la entrega *inmediata* de "lo convenido". Nada pudieron mis súplicas y exhortaciones: me respondió que en sus atribuciones no entraba la de librar a nadie del alma *antes de su muerte*, y acabó insinuando, en un tono algo cortante, que mis lágrimas y quejas no eran dignas de un espíritu viril.

Desde entonces vivo en la inmovilidad. He vuelto a los bosques, donde hay más espacio y los riesgos de roces, arañazos, presiones de choques son menores. Me ocupo de mi sustento y mi abrigo, observo con minucia el

mundo físico y biológico y cultivo rudimentariamente las ciencias naturales. Mi alma duerme con breves interrupciones cada vez más espaciadas. Así, en la vaciedad, espero el momento en que caeré en tormento eterno. Entonces empezaré a pagar los abonos infinitamente renovados de mi increíble compra.

FEMINA

DESDE EL CABELLO de fuego enfermo hasta la pura voz cantarina, todo lo que en ella es fuerza está formado muy exactamente de las mismas sustancias que todo lo que en mí es flaqueza. La elasticidad de su cintura es la de mis doblegamientos en la lucha; la blancura de su tez tiene el fulgor mate de mis fiebres; la curva arrogante de su cuello calca la silueta de mi estúpido orgullo. Si la miro a los ojos, veo en ellos la misma vastedad desdeñosa de mi sed, hecha melodía, profundidad y fascinación. Cuando habla de tristeza, en sus palabras estalla la danza que mi alegría no sabe encontrar. Admiro sobre todo la libertad y la gracia que a ella le dan nuestras ignorancias, y la fulguración en que reconozco mis cálculos como limpia inteligencia. Nada en ella que en mí no haya conocido yo con desaliento — y que ahora, allí, no ame. Mi torpeza es su elegancia, mi lentitud su ritmo, mi estupor su ternura.

Para proteger ese sutilísimo aliento, que opera la transmutación en fresca alada, la rodeo siempre que puedo de mi pobre energía opaca y forzada, y sus deliciosos caprichos me arrancan a menudo lágrimas de arrobó.

A nadie extrañará que viva obstinado, fijos los ojos, a pesar del vértigo, en la sombra imprecisa de los suyos — lanzado hacia el destello del vago espejo negro que me tiende en su fuga misteriosa.

UNA FUERZA

LOS GOLPES me llovían. Acorralado contra un muro, desde hacía tanto tiempo que ya no recordaba el comienzo de aquel castigo implacable, resistía tenso de dolor una catarata de heridas que hacían vibrar como un timbal todo mi ser. Y de pronto empecé a sentir que los golpes caían sobre mí sordos y ahogados: ya no tenía fuerzas para que me dolieran más. Alcé los brazos y me rendí a mis enemigos.

Desde aquel día, prisionero, paso el tiempo buscando en la mirada de mis verdugos el secreto de aquel dolor que cesó, de aquella fuerza que me ha abandonado.

ABANDONADOS

CUANDO ÉL PARTIÓ, así, sin presagios de ningún género, comprendimos cuánto habíamos esperado de la fuerza de nuestro afecto. No imaginábamos que el peso con que nuestros corazones lo anclaban iba a quedar así torpemente en tierra, mientras el nudo se deshacía con un inadvertido deslizamiento de tan irónica elegancia. Sabíamos que en el último instante sonreiría, que la luminosidad con que abría todas sus miradas las hacía equivalentes precisos de otros tantos actos de voluntad: nunca supimos distinguir en él entre ver y querer, y bastaba el gesto leve y fresco con que se ofrecía a los más turbios advenimientos para que nos pareciera haberlos *suscitado*, justamente.

Y entonces nos dejó: la tierra nos parecía el salón de donde todos se han ido sin que nos diésemos cuenta. Y todo por decir en esa glacial estancia de la cual, de pronto, su ausencia había cerrado todas las salidas. Hubiéramos querido amarnos muy trágicamente los unos a los otros, pero sentíamos que sin él no sabríamos encontrar el diapasón y el lenguaje. Ahora cada uno estaba solo; pero cada uno hacía de esa soledad su secreto, porque había comprendido, y ya para siempre, que ésa era toda su enseñanza.

CUENTO

UN DÍA AL FIN no pudo engañarse más. Tuvo que reconocer que aquella alegría helada que se obstinaba en seguir arrojando era sólo y para siempre un cadáver. Entonces se irguió sin ninguna emoción y saltó fuera de su reducto.

El horizonte negreaba. Como había esperado tanto, el Tiempo había ido acumulando en un futuro ahora inminente sus bandadas de buitres, en número incalculable.

Así, cuando avanzó en el alba insípida, lo devoraron mucho más lindamente.

EL INSOLADO

HACÍA TIEMPO que soñaba con ello, creyéndolo imposible en el fondo y sonriendo de mí mismo; pero un día lo vi tan cerca que alargué la mano, acaso sin mucha fe. Así fue como toqué el sol. Es mucho más tierno de lo que yo pensaba, no es verdad que sea seco y que hiera. Durante largas horas lo tuve en mis brazos, y acaricié interminablemente la melena finísima de sus rayos. No acababa de asombrarme de que fuera tanta su tibieza, su molicie incluso; de que estuviera allí contra mi pecho, mirándome, él también, a los ojos, con una insondable piedad de mí. Antes, yo también hubiera pensado, como todo el mundo, que devoraría; error; no hace más que beber, de manera profunda y ávida, es cierto, pero sin agostar, porque él mismo es manantial para la mejor sed.

Si supierais cuánta frescura, cuánta sombra encierra. Podría enseñaros mi cuerpo: veríais que no estoy quemado — la fiebre que desde entonces me ilumina es una dulzura muy distinta. Pero ¿cómo podríais entender? Todos pensáis en la hondura nocturna y no sospecháis que el sol es un pozo de luz — un pozo sobrecogedor, atravesado de relampagueantes cegueras, que bien valen la oscuridad más cerrada. Cómo explicaros que cuando os levantáis frente a la noche ilimitada sólo estáis escudriñando una de sus

cavernas, uno de los incontables misterios que forman su entraña — y que allí también late escondido el casi mortal deslumbramiento de su amor prodigioso.

EN LA OSCURIDAD

SOFOCADA DE AMOR, en la oscuridad, su cuerpo sin sosiego se agitaba en el lecho, suspiraba por el ausente, presa de un doloroso estupor.

Detrás de las delgadas tablas, sus quejas mantenían el desvelo tenso de otro hombre. — Y ella lo sabía.

ÁNGEL

VINO, y lloró sobre mi hombro. Había bajado hasta mí con un gran aleteo derrotado, cuyo viento me inmutó como un cataclismo. Cuando se posó, agitada, y nos miramos de muy cerca, vi que sus ojos estaban arrasados y sus alas se encogían convulsivamente. Entonces se colgó de mi cuello y dejó correr las lágrimas. Lloraba sin control, sin límite — sin un motivo humano; lloraba por todo y para nadie; el río de su llanto pasaba por la Nada y volvía, abrasador, resurgiendo en el fondo de aquel oscuro momento sobre el que estábamos de pie ella y yo, solemnes y sin futuro.

Qué escena. Su amargura de ángel me partía el alma, y me avergonzaba de todo el dolor terrenal que he conocido, creyéndome incapaz de elevarme hasta el suyo. Sabía cómo estaba mordido su corazón por el pecado del mundo, qué desgarradora piedad la ahogaba por la dicha y la pureza, cómo el Mal quemaba sus entrañas. Sentía en mi propio fondo su humillación de existir y su renunciación a toda esperanza, y era como si yo mismo soportara aquel peso enorme, que la doblaba sobre el consuelo de un hombro débil, conmovedor — tan dulcemente impuro y mortal.

Así, no tuve el valor de decirle que la comprendía; la dejé partir, moviendo con fatiga sus alas trémulas, sin que hubiera descubierto las plumas ensangrentadas de las mías.